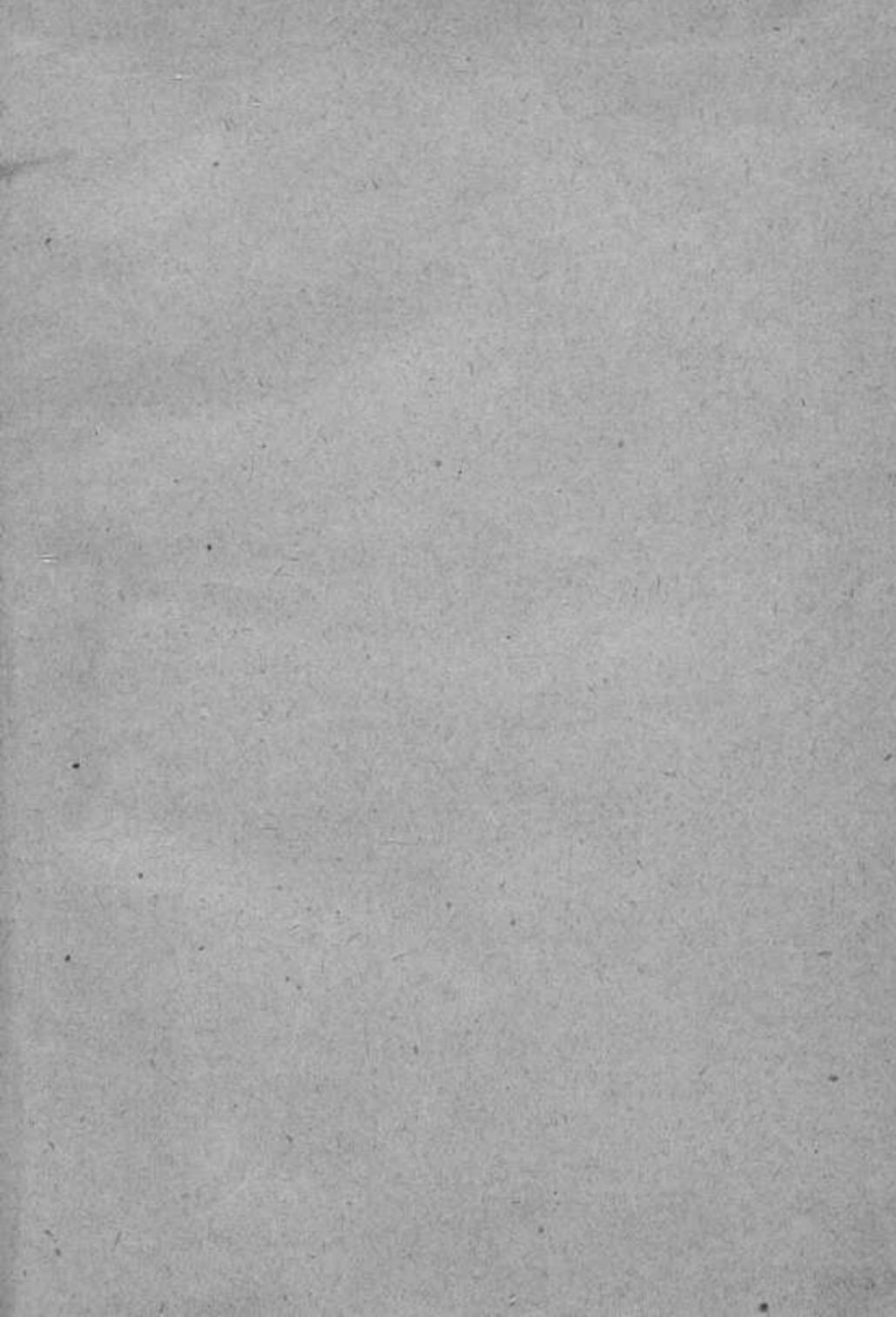


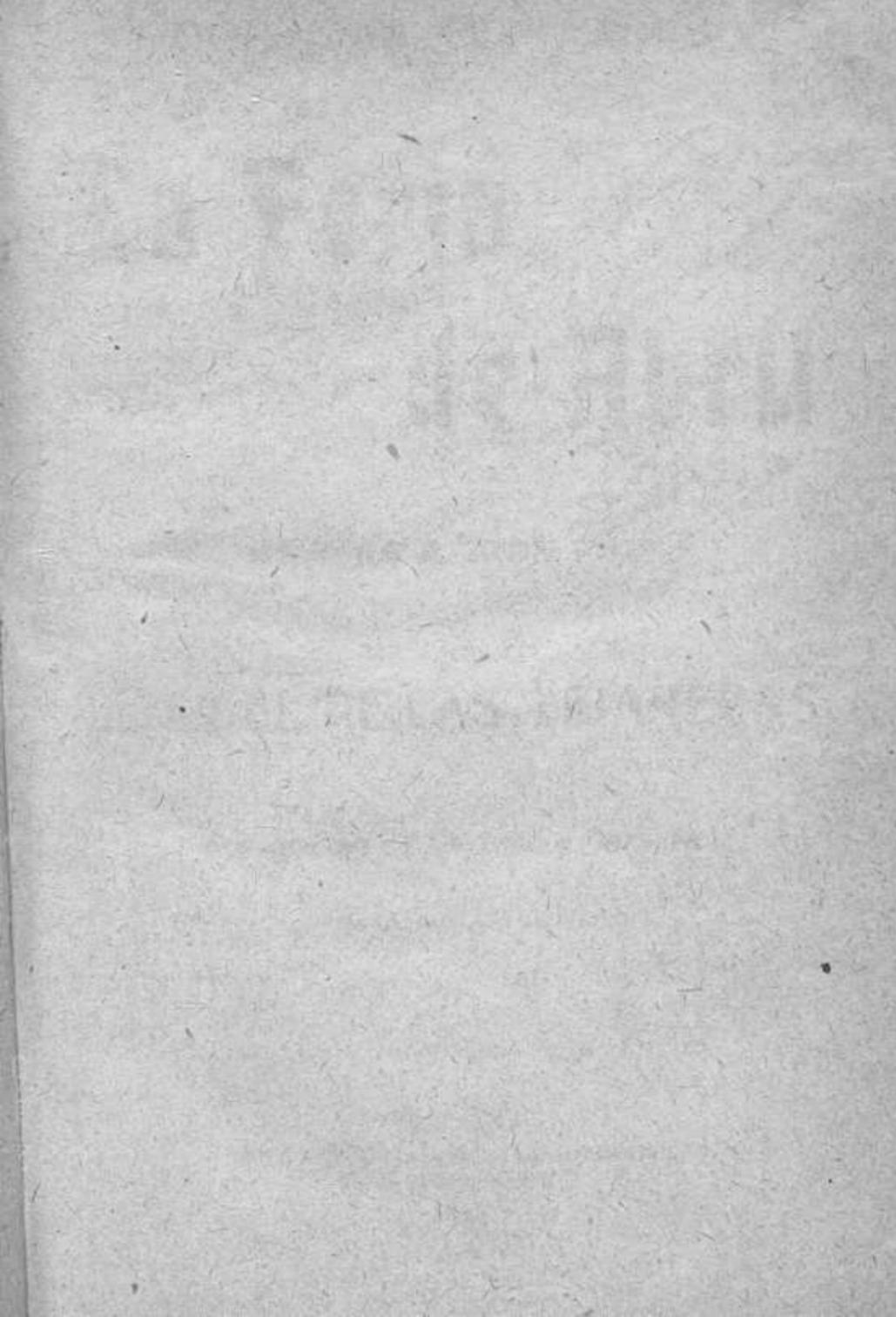
17.

CORRIDAS SEVILLANAS









Had to

2

CORRIDAS SEVILLANAS

La Feria de Abril

CARTAS Á "DON PÍO"

POR

JOSE EL DE LAS TRIANERAS

Fotografías de Serrano y Cervera

FOTOGRAFADOS DE VÁZQUEZ

MADRID

IMP. ARTÍSTICA DE SÁEZ HERMANOS
Calle de Monserrat, 7.

1915

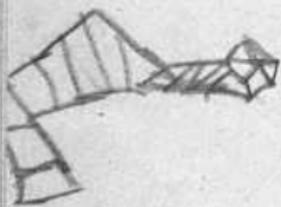


ES PROPIEDAD

Dedicatoria

Al ilustre ex cronista
taurino El Chiclanero a
quien se le debe el que las
revistas de toros se publiquen
el mismo dia de la corrida
y en quien hoy tiene la Prensa
por el talento de la persona
y por la elevación del cargo que
ocupa, su mas ardiente de-
fensor y su mas alto pres-
tigio, y los periodistas su
mas cariñoso y paternal
afecto, dedica estas pobres
cartas su viejo amigo

José el de las Frianceras



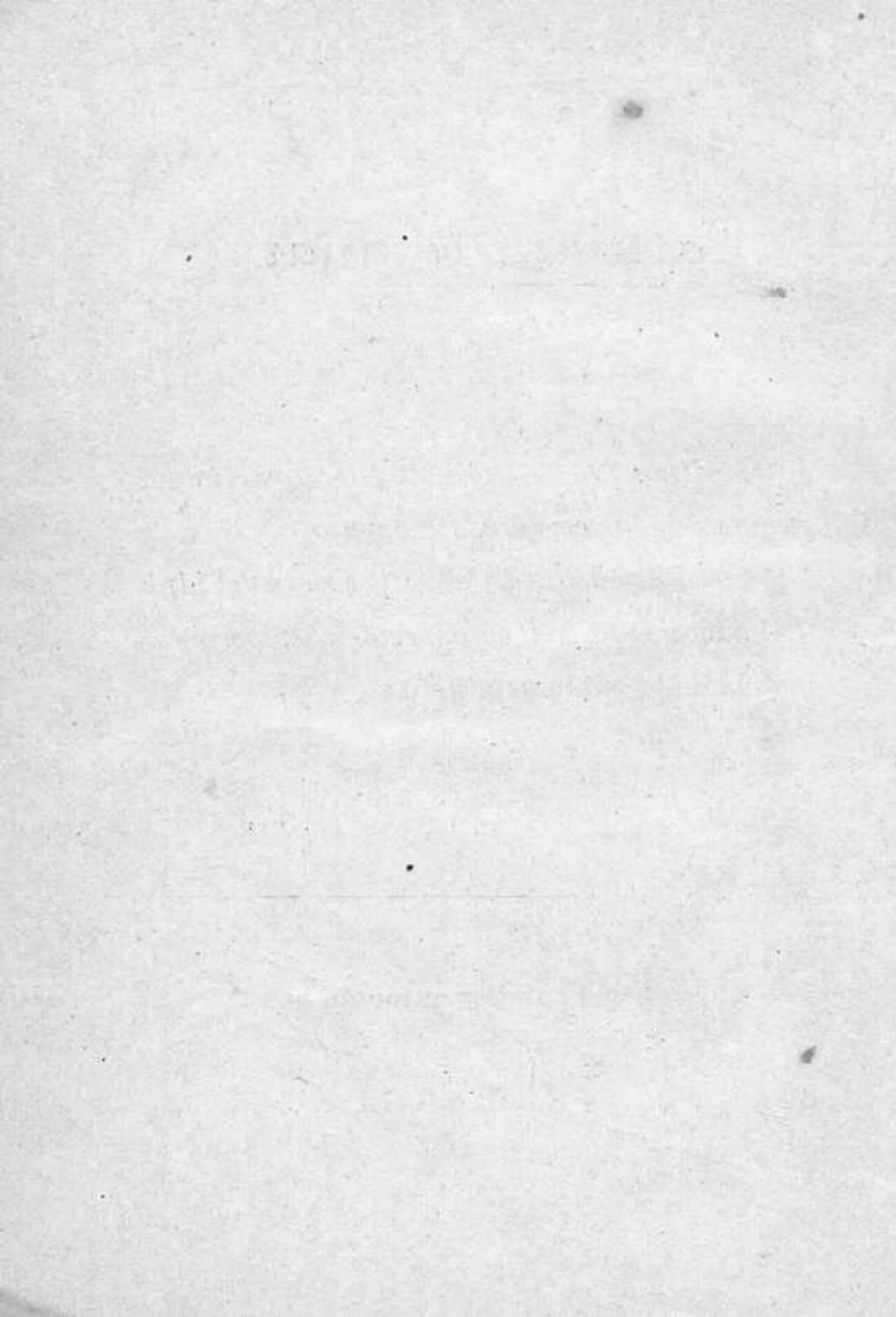
Carta preliminar

Querido Don Pío: Me pediste y te prometí unas impresiones de las corridas de Sevilla.

Aquí van esas cartas escritas al correr del lápiz deshilvanadamente, sin galas retóricas, pero impregnadas de la más pura justicia.

Tuyo siempre,

JOSÉ EL DE LAS TRIANERAS.



CORRIDA QUE SERÁ FAMOSA

Sevilla, 17 de Abril de 1915.

Querido *Don Pío*: Siento que no hayas venido este año á la feria.

Por primera vez se han unido joselistas y belmontistas entre aplausos y aclamaciones para sus ídolos. El Club gallista y el Club del trianero á la hora en que escribo estas líneas—nueve de la noche—están de fiesta, cada uno celebrando la victoria de su matador, elogiando todos á Juan y á José.

Por todas partes, en las calles, en los cafés, en los Círculos, en cada esquina, en cada grupo, no hay otra conversación: la primera de feria.

En verdad que la corrida es de las que merecen un comentario. Fué tan hermosa, tan gallarda, tan emocionante, que no puede dejarse abandonada al resumen telegráfico que de prisa y al tuntún hacen los corresponsales, obligados por el medio.

Hubo en ella notas continuadas de valor é inteligencia, de arrojo y gallardía, de temeridad y clasicismo. Si se hubiese celebrado en la plaza de Madrid, en mucho tiempo estaría rebotando por toda España la

pelota con que jugaron esta tarde mano á mano los dos colosos del arte taurino.

Para que todo fuera extraordinario, la nota de la temeridad la dió Joselito, metiéndose entre los pitones, hincándose de rodillas ante las reses con la espalda vuelta, con el arrojo de los hombres que van á jugarse-lo todo. Los belmontistas le aplaudieron frenéticamente, y sus partidarios se volvieron locos de entusiasmo.

Con la muleta estuvo José hecho un coloso, empleando todo el repertorio de su arte, parando, aguantando, girando sobre los talones. ¡Qué pases naturales dió!

Con el capote jugó los brazos con inimitable estilo, apretándose, ciñéndose como jamás lo hizo.

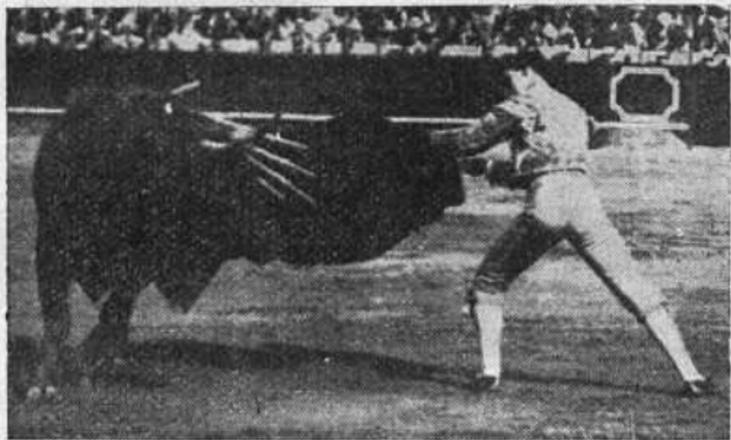
Tempestades de aplausos acogieron sus inteligentísimas faenas, sus derroches de valentía, sus alardes de temeridad, especialmente cuando al terminar un quite hincado de rodillas, de espaldas al bicho, fué cogido por éste y lanzado al espacio, y no recogido después gracias á la oportunísima intervención de Belmonte, que evitó la desgracia coleando al toro con singular bizarría.

El muchacho se levantó lleno de coraje, y cuando todos suponían que había sido lastimado, acabó de quitarse la chaquetilla rota, y en mangas de camisa, ya variada la suerte, cogió los palcos y estuvo jugando con el animal todo lo que quiso, y después le clavó soberbiamente dos preciosísimos pares al cambio, uno soberano, de poder á poder, y otro al cuarteo.

Después realizó con la muleta una faena de pases

altos, ayudados, de pecho, de molinete, admirables, á la que puso corona permaneciendo de rodillas ante la cara del cornúpeto durante un buen rato.

Con el estoque hizo también más que de costumbre. Entró derecho y con ganas de matar en su primer toro, y aunque en los dos restantes levantó el brazo al herir, el público no tuvo tiempo de impacientarse.



Un pase de Joselito.

Al primer santacoloma lo derribó de un buen pinchazo y una estocada algo traserilla; al tercero, de cinco pinchazos, y al quinto de dos pinchazos, uno de ellos muy bueno, y media estocada estilo «Lagar-tijo».

Empleó todo su repertorio y salió airoso, airo-sísimo...; pero, ¡aquí de los manes de la verdad y de la justicia!, no pudo vencer á su rival.

En esta competencia franca, caballerosa, de arte y de inteligencia, de valor y gallardía que sostuvieron

Juan y José, las notas sublimes de la fiesta cayeron del lado del trianero. ¡No sé mentir!

Cuando ha pocos días, accidentalmente, ocupé la co-



Una verónica de Belmonte.

lumna taurina del *Heraldo de Madrid*, le dije á Belmonte en son de agria censura:

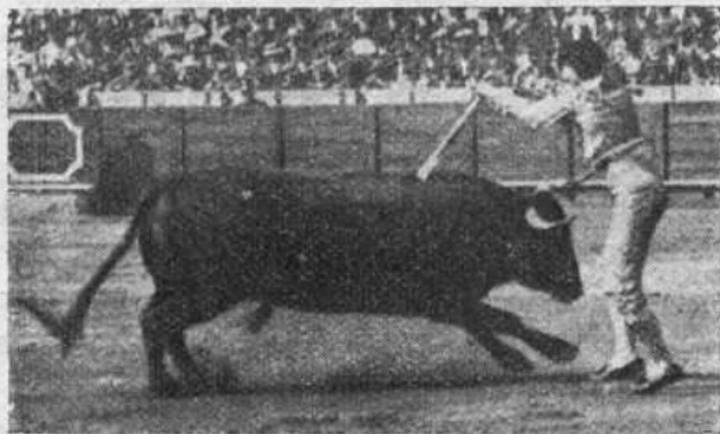
—Este no es mi Juan,
que me lo han «cambio».

Creo hoy no aparecer sospechoso al sostener que las faenas realizadas esta tarde en el circo sevillano por el famoso trianero no han tenido igual en los fastos de la historia de la tauromaquia.

Pongo por testigos á todos los joselistas que presenciaron la fiesta, y los emplazo á que desmientan una sola de las aseveraciones que voy á hacer.

Juan estuvo clásico, sobrio, sencillo, valiente, sereno, sin mostrar la menor fatiga, acudiendo solamente adonde debía ir, veroniqueando como en los días de las grandes solemnidades, haciendo quites prodigiosos, coleando admirablemente al bicho que cogió á su compañero, muleteando con arte sin rival, precisamente, inteligentemente, maravillosamente; entrando en corto y por derecho, metiendo el hombro, cruzando al entrar á herir como mandan los cánones, hiriendo en lo alto de aquella manera que solía dar las estocadas Salvador Sánchez, derribando á los toros sin puntilla...

En sus tres de hoy estuvo bien, como Joselito en los suyos; pero ganándole á éste la pelea en el modo de entrar y en la manera de herir.



Joselito en un magnífico par.

Al segundo lo despachó de un volapié inmenso, monumental, que tuvo por premio la petición de oreja, ya que estos apéndices no se otorgan en la plaza sevi-

llana, y una lluvia de sombreros sobre la arena; al cuarto, de un pinchazo y media estocada lagartijera, que sólo tuvo el pero de estar un tantico ida, y al sexto, de otra media estocada en las tablas que echó á rodar el toro sin puntilla.

Pero con ser bueno lo que vimos durante la tarde, hay que destacar en esta soberana corrida la lidia del segundo cornúpeto, porque seguramente la registrará la historia taurina elevándola á la altura de las más grandes que se hayan realizado desde los orígenes del toreo hasta la fecha.

El bicho, de Santa Coloma, se llamaba «Pescador» y era negro zaíno, apretado de cuerna, finísimo, de bonita lámina.

Belmonte le paró los pies con cinco monstruosas verónicas, marca inimitable, marca suya, aguantando superiormente, y cuando las palmas «vajeaban» cerró la faena con un farol archimaravilloso y un recorte ceñidísimo.

Al salir el bicho de la primera vara hizo el trianero un quite soberbio á media verónica de esas monumentales; después otro quite á media verónica ceñidísima, hincado de rodillas, y otro, brutal, dando una vuelta entre los mismos pitones.

Y todo ello llevando aletargado al bicho entre los vuelos del capote y teniendo en suspense al público, que no respiraba, que era todo ojos, todo emoción, todo entusiasmo, todo delirio.

Llegada la hora suprema comenzó Juan á quitar de enmedio á «Pescador» con un pase natural de los que



Belmonte en un pase por alto.

forman época y otro forzado de pecho que ni se ha dado igual; ni se dará!

Luego, metido siempre entre los pitones, en plena plaza, se despachó á su gusto, realizando la más mo-



Belmonte en un pase de pecho con la izquierda.

numental faena que se ha visto: pases ayudados por bajo, pases de rodillas, pero de esos de verdad; pases de molinete, pegándose al cuello del bicho; pases de pecho enormes, incalificables; todo entre palmas, entre olés, entre música.

Fué «Lagartijo» y «Frasuelo» en una pieza; la elegancia de Rafael y la valentía de Salvador, encarna-

das en la más endeble y desgarbada figura del toreo moderno.

Y si no fuese por herir la memoria de aquellos verdaderos colosos, añadiría que el espíritu de los dos juntos, no habría conseguido realizar tan estupenda faena.

¿Cómo fué coronada? Entrando Juan con todas las



Belmonte en una verónica por la derecha.

arrobas de su valor, con toda la grandeza de su alma, en corto, por derecho, cruzando matemáticamente y saliendo por los mismos costillares. ¡Qué volapié más grandioso! ¡Qué estocada más soberbia!

Cayó el toro, con la herradura partida, instantánea-

mente, como herido por un rayo. Y quedó el público delirante, ebrio, rompiéndose todos las manos, gallistas, belmontistas, hombres y mujeres, altos y bajos, grandes y chicos. Eran los espectadores una enorme masa con manos. Las caras quedaron ocultas entre el batir de palmas durante largo tiempo.

Y aquí, donde no se conceden orejas, todo el público en pie, agitó luego los pañuelos en petición del apéndice auricular, que en Madrid se le hubiese otorgado en el acto. ¡Ya lo creo!

Pero á cambio de esto el pueblo cogió en hombros á Juan, como también algunos lo hicieron con Joselito, y lo paseó triunfalmente desde la plaza hasta la calle de Castilla, del barrio de Triana, donde vive el gran torero y gran matador, seguidos los que le llevaban por más de seis mil personas, que le aclamaron y vitorearon sin cesar.

La corrida primera de la feria de Sevilla hará época.

—¡Si se hubiese celebrado en Madrid!!—decían los miles de cortesanos que ahora se encuentran en esta hermosa ciudad.

Y yo termino:

—Aunque no se haya celebrado en Madrid hará ruido.

Tuyo siempre,

JOSÉ EL DE LAS TRIANERAS.

HABLANDO CON JOSELITO

Sevilla, 18 de Abril de 1915.

Querido *Don Pío*: Aprovechando una mañana espléndida, en que la atmósfera parecía de oro y el aire estaba saturado con los perfumes del azahar y de las acacias, me dirijo hoy á la feria—primer día de ella—para gozar del maravilloso panorama que ofrecen esos prados sevillanos, donde ahora todo es alegría y bullicio, animación y jolgorio.

Fuí con varios compañeros de *El Liberal* de Sevilla, ese simpático periódico al cual consideramos como nuestro, puesto que también pertenece á la Sociedad Editorial de España, y que dirige con singular maestría José Laguillo, uno de los periodistas más cultos, más inteligentes y más modestos de esta tierra andaluza.



Joselito.

La caseta que la Asociación de la Prensa tiene ins-

talada en el real de la feria ofrecía deslumbrador aspecto. Muchas mujeres hermosas, mucho vino de Sanlúcar, mucho fulgor de ojos, mucha algarabía, muchos labios frescos. ¡Aquello parecía un paraíso! En él entramos y allí estuvimos departiendo casi toda la mañana don Pedro Rodríguez de la Borbolla, alma de la política sevillana, hombre de gracia infinita y de simpatías por arrobas; don Santiago Alba, el ilustre ex periodista é ilustre ex ministro de la Gobernación, castellano á macha martillo y andaluz por temperamento; los hermanos Quinteros, para quienes han sido estos días todas las felicitaciones de la gente literaria con motivo de su triunfo en el teatro de Cervantes con la comedia romántica intitulada *El duque de El*, admirablemente puesta en escena por María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza; Emilio Giers y Antonio Soto, redactores de *El Liberal*; *Don Criterio*, revisero taurino del citado periódico; Rafael Martínez, administrador del popularísimo diario; Ulpiano García Banes, ex diputado á Cortes por Almería y condiscípulo mío en el bachillerato; Vicente Abad, un minero almeriense que ahora viene á proponer un gran negocio á los sevillanos; Leopoldo Matos, el simpático diputado por Canarias, y otros muchos cuyos nombres desconocía, y por ello me veo privado del gusto de consignarlos.

Cuando más engolfados nos hallábamos en nuestra conversación de piropos para Sevilla, de elogios para su feria, de admiración para sus mujeres, sentimos un revuelo de gente que se aproximaba á la caseta inme-

diata y que obstruía los escalones que dan acceso á ella.

Era que había llegado Joselito al «Reñidero», el club de los Gallos, instalado como dejo dicho, al lado de la caseta de la Prensa.

Un aplauso formidable acogió la llegada del ídolo al lugar de los idólatras.

—Este es el momento—me dije—para cumplir el encargo de *Don Pío*.

Y con permiso de mi reunión me dirigí á la caseta del «Reñidero».

Aparté á los que me interceptaban el paso, y sin preocuparme lo más mínimo del efecto que habría de promover la presencia de un belmontista en el sagrado recinto donde se venera á los maestros actuales de la escuela sevillana del toreo, hice la pregunta de rigor desde la primera grada de la escalinata de aquel trono:

—¿Puede pasar José el de las Trianeras?

Yo creo que una bomba no habría causado tanta impresión entre los que rodeaban al gran torero, como produjo mi frase.

—Sí, señor; adelante—respondió con su voz semi infantil el fanatizador de sus prosélitos.

Todas las miradas me asaetaron; unas llenas de extrañeza, otras de curiosidad, algunas de aversión...

—¿A qué vendrá éste aquí?—parecían decir todos en medio del mutismo y del asombro con que fuí acogido.

En verdad que entrar allí donde la rivalidad llega á

un grado superlativo, era un atrevimiento, más aún: una osadía.

Sin embargo, hombres corteses todos, caballeros antes que apasionados, permanecieron impassibles, extáticos, en espera de oír nuevamente mi voz.

Joselito, que ocupaba el lugar de honor junto á una mesa instalada en el fondo de la caseta sevillana y alrededor de la cual se agrupaban sus amigos, celebrando unos con tazas de café y otros con cañas de manzanilla y todos con entusiasmo, el triunfo de la anterior tarde, se puso en pie al verme entrar y se despojó del sombrero negro, de anchas alas, clásico, que cubría su cabeza.

El famoso espada sevillano vestía traje corto, color gris, y lucía en su pechera soberbios brillantes.

Verdaderamente su figura, que yo veía de cerca por primera vez, era gallarda y simpática.

Me recordó aquellos tiempos en que «Currito» y «Frascuelo», en que «Lagartijo» y «Bocanegra», en que «Hermosilla» y «Cara-ancha», paseaban su garbo por las calles con el traje corto que jamás sustituyeron.

—Vengo—dije á Joselito—á cumplir un encargo de mi compañero de Redacción don Alejandro Pérez Lugín.

—Siéntese usted.

—Muchas gracias. Voy á ser breve, porque no quiero distraerle de su tertulia.

—Pues usted dirá.

—Soy portador, y lo soy con infinito gusto, de una

tarjeta en la que *Don Pto*, que no ha podido venir á presenciar las corridas de esta feria, envía para su señora madre un saludo afectuoso, otro para sus hermanos y un abrazo para usted.

—Diga á mi gran amigo que le agradezco mucho el recuerdo, y que usted ha sido recibido aquí como se merece.

—También quiero aprovechar la ocasión para felicitar á usted cordialmente, por sus faenas de la primera corrida de feria; pues aunque soy belmontista acérrimo no pertenezco al grupo de los que no quieren ver ni quieren oír á los demás.

—Muchísimas gracias.

—Los belmontistas le aplaudimos ayer tarde con entusiasmo, y por mi parte me complazco en decirle que siempre que usted realice lances como los de ayer, en franca y caballerosa competencia; siempre que ejecute faenas tan inteligentes y tan brillantes como á las que aludo, tendrá en mí un ferviente y devoto admirador.

—Se lo estimo mucho.

—Y después de la tarjeta que he tenido el gusto de poner en su mano, le agradeceré que me considere en adelante como un buen amigo.

—¿Quiere usted aceptar una taza de café?

—Prefiero una caña de manzanilla, que beberé muy gustoso en celebración de este instante.

Después de apurada, me despedí de Joselito con un apretón de manos y de los demás con una inclinación de cabeza.

Muchos me acompañaron hasta el dintel de la case-

ta. Las miradas aversivas se habían trocado en cariñosas, la curiosidad y la extrañeza en respeto, la indiferencia en consideración...

Y salí del «Reñidero» tan erguido como entré, después de haber realizado un acto de cortesía, sin hacer durante él la menor traición á mi causa.

Tuyo siempre,

JOSÉ EL DE LAS TRIANERAS

OTRA VEZ LOS FENÓMENOS

Sevilla, 19 de Abril de 1915.

Querido *Don Pío*: Entretenido con el relato de mi visita á *Joselito*, no tuve tiempo ayer para hacer un resumen de la segunda corrida de feria.



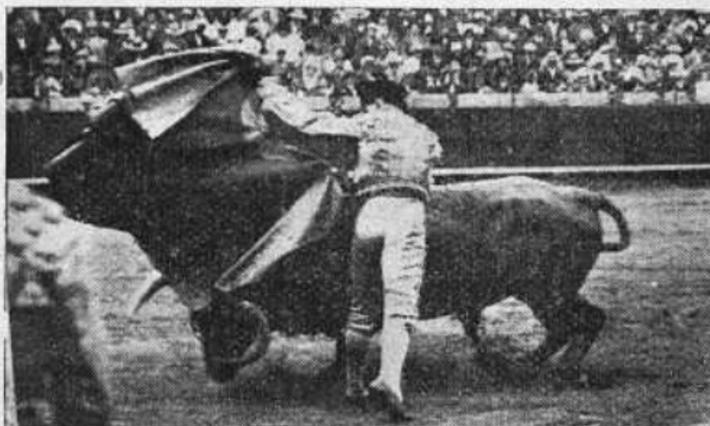
Belmonte en un pase de pecho con la derecha.

De canela resultó también, y si no tan emocionante como la primera, en nada desmereció de la otra, pues José y Juan realizaron verdaderas proezas que lo va-

lieron el salir de la plaza en hombros, como la tarde anterior. Juan hasta su domicilio.

Eran los cornúpetcs de Gamero Cívico y casi tan nobles y suaves como los de Santa Coloma, lidiados el primer día.

El ídolo de los gallistas estuvo soberbio y me gustó



Belmonte en una verónica por la izquierda.

más que en la tarde anterior, porque no hizo los alardes de temeridad á que recurrió para tratar de achicar á Belmonte con los de Santa Coloma.

Toreando de capa no resultó tan brillante como en dicho día, aparte de algunos lances muy buenos y de algunos quites maravillosos; pero con la muleta hizo derroches de inteligencia y valentía.

¡Qué modo de preparar la muerte del quinto bicho, des ués de haberle colocado tres monumentales pares de banderillas cambiando por el lado derecho!

Empezó Josélito su brillantísima faena, con un pase

ayudado por alto, marca extra, y siguió con tres naturales archisuperiores, parando, aguantando y mandando en el segundo de ellos, como ordenan los cánones; uno de pecho, maravilloso, otro natural, dos ayudados por bajo, rodilla en tierra, magníficos, que levantaron una explosión de olés, y qué sé yo cuántos más, todos monumentales, entre música y delirio.

Y coronó la faena con un pinchazo citando á reci-



Joselito en un pase de pecho.

bir—suerte que hubiera consumado si se mete un poco más—y con media estocada á volapié neto.

La ovación fué inmensa, inenarrable. En ella inter-

vinieron joselistas y belmontistas, como si todos hubiesen sido unos.

En el primer toro hirió más veces. Lo despachó de tres pinchazos, una estocada buena y un descabello con la puntilla al segundo golpe; al tercer cornúpeto le quitó de penar con media estocada trasera y desprendida.

Ahora bien; esa tontería de torero y matador que se llama Juan Belmonte, se dejó pisar del modo siguiente:

Al primer bicho lo trasteó con un pase ayudado que quitó el sentido; otro natural, marca inimitable; otro de pecho con la izquierda, superiorísimo, en que le pasaron los pitones por la corbata; otro ayudado, estilo suyo; otro de pecho, de igual clase que el anterior y de pitón á rabo; otro rodilla en tierra, monumental, y otro de molinete en la misma cuna.

Todos ellos tuvieron el «defecto» de haber sido ejecutados parando y metido el lidiador en el terreno del toro.

Los músicos se volvieron locos amenizando la faena, y mientras daban al aire las notas de sus instrumentos Juan recetó un pinchazo en hueso entrando soberanamente, y luego, jugándose el pellejo, media estocada en todo lo alto, saliendo el espada enganchado por la manga derecha y lanzado á la arena.

El bicho pasó por encima del matador y fué á caer al lado de Juan, cuando éste, ya en pie, hacía signos al público para demostrarle que estaba ileso.

El animal no necesitó los auxilios del puntillero.

Por el público, después de la ola emocionante, pasó la del delirio en todo su desbordamiento. ¡Vaya una ovación! No tengo palabras para describirla.

En el cuarto bicho no estuvo tan lucido con la muleta, pero al herir hizo galas de su valentía, metiendo el brazo admirablemente y llevándose por delante a la fiera, de una soberbia estocada en todo lo alto.

Y al último de la tarde lo saludó con cinco veróni-



Belmonte en un pase ayudado por bajo.

cas formidables, marca de la casa inventora, parando y aguantando con verdaderos riñones, y dos recortes á medias verónicas de esas para las cuales no hay calificativo.

Después hubo un lance muy bonito en que José y Juan lucieron sus arrestos y su gallardía.

El picador «Céntimo» en una caída peligrosa se vió comprometido y los dos espadas acudieron á socorrerle con sin igual presteza.

Belmonte coleó al animal y Gómez se lo llevó empapado en su capa, entre aplausos estruendosos para ambos quitadores. Fué un momento de emoción y de mucha brillantez.

A la hora suprema volvió Juan á hacer de las suyas, muleteando al bicho á dos dedos de los pitones y largándole pases de todos los géneros, especialmente del masculino.

Entre ellos se destacaron uno por alto, superior de toda superioridad y rematado como las propias rosas; varios ayudados por bajo y otros cogiendo los pitones,

Las palmas que acogieron tan singular faena volvieron á repetirse cuando Juan atizó un gran pinchazo, y más tarde, convertidas en ovación atronadora, al poner fin á la corrida con una soberanísima estocada contraria, hasta la empuñadura.

¡Y decían que no era matador!

En resumen: los dos muchachos estuvieron muy bien, como en la tarde primera; pero Juan va hacia arriba.

El fenómeno, con el estoque, está hecho estos días más fenómeno todavía.

¡Si lo viesen en Madrid! ¿Pero, qué digo? ¡¡Lo están viendo cuantos de Madrid llegaron!!

Ellos dirán si exagero en estas notas, donde procuro que por encima de todo resplandezca la verdad.

Tuyo siempre,

JOSÉ EL DE LAS TRIANERAS.

LA ESTOCADA DE RAFAEL

Sevilla, 20 de Abril de 1915.

Querido *Don Pío*: Los aficionados de Sevilla están ebrios de entusiasmo con las corridas de su feria. Los forasteros no salen de su «apoteosis».

Yo, por mi parte, no sé cómo estoy ni cómo he de decir lo que decir quiero.

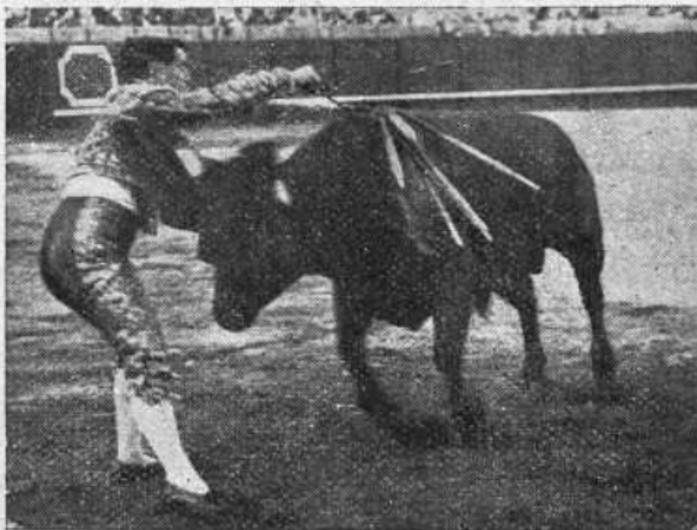
Quedábamos en que Belmonte tuvo una tarde colosal el primer día, y en que al siguiente, nos dieron Joselito y él otra tarde maravillosa. Luego, Manolo Torres, el menor de los «Bombas», demostró á sus paisanos en la tercera corrida, que, herido y todo, podía matar toros. El muchacho, á quien no se le ha hecho en su tierra la justicia debida, dió una nota de valor que merece todo género de elogios: la de rematar un bicho de Guadalets, llevando un puntazo en



Rafael.

una ingele, causa por la cual al siguiente día no pudo vestir el traje de luces...

«Limeño» mostró deseos de agradar, y aunque no estuvo en sus faenas lo brillante que yo hubiera queri-



Bombita III entrando á matar.

do, logró borrar la mala impresión de la corrida del domingo de Pascua.

Dos ó tres veces fué derribado, pero el muchacho salió ileso y sin perder la valentía.

Después, Posada, con su elegancia, y Rafael Gómez, con su arte maravilloso, lograron también en la cuarta de feria, mantener el entusiasmo despertado desde la primera corrida. Ovación obtuvo Curro en uno de sus toros, y ovación alcanzó el gran «Gallo» en otro, entrando á herir en corto y por derecho, saliendo por el costillar, demostrando que «cuando quiere», Rafael

es siempre Rafael, el inconmensurable, el divino.

Esta nota habrá de quedar grabada en oro en las páginas de su libro, y por ella mereció que sus paisanos le hubiesen llevado hoy en hombros, aunque para ello hubiera sido necesario olvidar las deficiencias en que incurrió al lidiar los otros toros.

Vamos á alterar el orden para dedicar unas líneas á Currito Posadas, que bien las merece, por la faena que realizó con su primer toro, de la ganadería de los he-



Cogida de Limeño.

rederos de don Felipe Salas, como todos los demás lidiados esta tarde.

El muchacho, que con la muleta había demostrado excelentes deseos, toreando desde cerca y con valentía,

entró á volapié neto, superiormente y agarró una hermosísima estocada en todo lo alto, á consecuencia de la cual rodó el bicho sin puntilla.

La ovación fué enorme. ¡Lástima que en el cuarto no tuviese igual acierto! El animal estaba muy quejado y Curro hubo de pincharle varias veces, por

no haber adoptado la resolución de entrar por uvas más rápidamente.

En el sexto se enmendó y entró con ganas á matar, resultándole mejor la cosa. Pinchó brevemente y muy bien.

Y vamos á lo interesante de la corrida de hoy: la estocada de don Rafael Gómez.

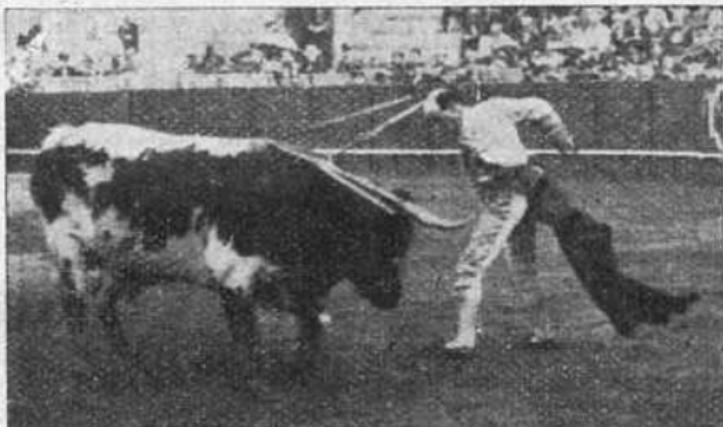


Rafael en un pase ayudado de pecho con ambas rodillas en tierra.

El tercer bicho, donde ocurrió la maravilla, era feo de cabeza, melenudo, bien desarrollado de pitones y con sus trescientos nueve kilos desde las puntas á la cola.

Rafael, después de fijarlo á la salida lucidamente,

sacó su repertorio de quites, haciendo varics de éstos de manera singularísima; unos con largas afaroladas.



Rafael pasando la muleta por la espalda.

marca divina; otros yéndose con el cornúpeto de paseo y abanicándolo para quitarle el calor; todos tem-



Un pase ayudado por alto de Rafael.

plando y doblando como él sabe hacerlo, y rematando artísticamente los preciosísimos lances.

Luego le adornó el morrillo con un soberano, magnífico, grandioso par al cambio.

Mas tarde se llegó al palco que ocupaban María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza, y en cuanto les brindó la muerte del bicho y apartó la gente que an-



Un magnífico pase de Rafael.

daba cerca, abrió la cátedra, mascullando algunas palabras, yo creo que estas:

—Decíamos ayer...

Y empezó con un soberbio pase cambiado en que si no enmienda pronto, tenemos una desazón.

¡Qué faena siguió á este primer pase! Altos, ayudados, de molinete, pasándose la muleta por la espalda, de pecho, de rodillas, ¡qué sé yo! Cuanto lleva en su repertorio de los días de cristianar, salió á relucir.

¡Qué pase ayudado, de pecho, con ambas rodillas en tierra! ¡Qué manera de peinar al animal!

Y todo ello entre los mismos pitones, en la propia cuna, con la valentía de los momentos en que su alma no es presa de la superstición.

Belmonte, que presenciaba la corrida en una barrera con Luis de Tapia, Pepe la Morena, don Justo Mar-



Rafael arreglando la muleta de espaldas al bicho.

tínez, el doctor Serrano, Fernando Gillis y conmigo, exclamó varias veces:

—¡Muy bien, muy bien!

Mi ilustre amigo el Capitán general don Fernando Primo de Rivera, que también estaba á nuestro lado, no cesaba de aplaudir.

La maravillosa, artística, colosal faena, tuvo un dignísimo remate.

Rafael entró á matar á volapié, marcando los tiem-

pos superiormente, y colocó una soberana estocada en las mismísimas agujas y hasta la cruz del acero.

Yo me decía, mientras el público, desbordado en delirante entusiasmo, aclamaba á Rafael:

—¡Si ve esto *Don Pío!*

Tuyo siempre,

JOSÉ EL DE LAS TRIANERAS.

EL TRIUNFO DE BELMONTE

Sevilla, 21 de Abril de 1915.

Querido *Don Pto*: Quedábamos en que Rafael estuvo hecho un coloso durante la tarde anterior...

¡Y llegaron los miuras, los de las cinco letras fata-



Belmonte en una verónica de rodillas.

les, los que cosquillean los corazones más templados, los que asustan á los valientes!

Rafael, que comenzó bien, estuvo durante toda la tarde desastroso.

Al primero lo lanceó con elegancia y arte. Después, lo mismo con la capa que con la muleta que con el es-

toque, quedó á la altura de Peluquín. Los sevillanos saben lo que significa esta altura... tan baja.

Joselito también tuvo algunos momentos felices; pero en conjunto quedó lo mismo que su hermano:



Belmonte en un pase de rodillas.

deficiente con las banderillas, deficiente con el trapo rojo y mal á la hora de herir.

Me debo á la verdad y por nada ni por nadie he de mixtificarla. Demasiado hago con ocultar la demostración de las deficiencias.

En cuanto á Belmonte, con decir que pasarán á la historia las maravillosísimas faenas que empleó con los dos miureños, queda hecho el elogio, aunque pálido, débil, esfumado.

¡Cómo estuvo el trianero!

Recordad lo que dije al hablar de la lidia del segundo toro de la primera corrida de feria.

Todo el mundo pregonó que ya no había más arte, ni más valentía, ni más clasicismo, ni más sobriedad, ni más elegancia, ni más pureza, ni estilo mejor.

¡Ah! Cuando Juan abre su capa para fijar un toro ó extiende su muleta para preparar la muerte de un cornúpeto, cualquiera sabe lo que va á salir de allí.



Belmonte en un pase por alto.

Le vimos muchas veces borrando las faenas más grandes de los más grandes toreros...

¡Esta tarde le hemos visto borrar... las suyas! ¡Parece increíble, verdad? Pregúntelo quien lo dude á Sevilla entera. Ella lo proclamó ya indiscutible. Yo no soy más que un fiel cronista.

¡Qué faenas con los dos miuras! ¡Qué modo de torearlos y matarlos! ¡Qué maestría más singular! ¡Qué corazón más grande!

En verónicas, en medias verónicas, en recortes, en cuanto hay que hacer con la capa dijo «allá voy yo»; y prosélitos y rivales, enloquecidos, embriagados, se pusieron en pie para aplaudirle, para admirarle, para énaltecerle; proclamándole indiscutible, triunfador, único.

¿Y con la muleta en uno y otro toro?

Sus dos soberbias faenas ¡de macho!, creciéndose á cada pase, dibujando curvas y rectas con inimitable maestría de geómetra consumado; poniendo siempre el pecho á merced de los puñales que le desafiaban, empleando las afligranadas artes de su estilo soberano, gallardísimo, majestuoso, no hay quien las describa. ¡Fueron una epopeya y necesitan un Homero!

¡Qué pases naturales! ¡Qué pases de pecho! ¡Qué molinetes! ¡Cómo jugó con la mano izquierda!

Digámosle, como dijo en su paroxismo el público del teatro Real á Titta Rufo cuando le oyó el brindis de *Hamlet*:

—¡Qué bárbaro!

¿Y la manera de entrar á herir? ¿Y las estocadas?

Los dos velapiés—empleemos la jerga taurina—que atizó esta tarde á los de las cinco temidas letras tampoco son para descritos.

Aquellos indiscutibles de Mazzantini en esta misma plaza — yo los presencié —, cuando mi gran amigo el actual diputado provincial por Madrid despachó de seis

estocadas y un pinchazo á seis miuras; aquellos de «Frascuelo», que no tuvieron rival en la vida de la tauromaquia y por los cuales siempre será recordado el nombre del torero granadino para ejemplo de pasados, presentes y futuros; aquellos cuantos del «Espartero», de «Machaquito» y de Ricardo Torres, que los elevaron á la cumbre, todos fueron eclipsados por los que esta tarde dió en el circo sevillano el endeble, el enclenquillo, el que parece que no puede tenerse en pie, ¡el gran trianero!

«Regajero» y «Cordelero», que eran los negros miuras de marras, debieron decirse al exhalar el último berrido:

—¡Así da gusto morir!

El delirio que promovió la primera estocada se trocó en locura en la otra.

El matador salió de la suerte empitonado y derribado, como tenía que salir, pues el miura adelantaba la mano derecha cuando Juan, con más agallas que hay en todos los mares y con unos arrestos mayores que la plaza entera con todo su lleno, entró á una cuarta de los pitones, muy derecho, rectísimamente, á colocar la soberbia estocada que, como al otro, hizo rodar al bicho sin puntilla.

Por vez primera en mi vida arrojé el sombrero al redondel.

Esto ocurría—maese Rodrigo—á las seis menos diez de la tarde. A las seis y veinte era arrastrado el último caballo que había dejado en la arena el miura que acababa de morir.

Todo ese tiempo lo emplearon los admiradores de Juan en pasearlo triunfalmente por el ruedo entre el clamoreo del público, entre vítores generales, entre el delirante entusiasmo de la masa.

Luego, procesionalmente, fué llevado también en hombros á Triana, como en las tardes anteriores, seguido de miles de personas que iban aclamándolo y vitoreándolo.

El barrio entero, el populoso y simpático barrio, al



Belmonte conducido en hombros á su casa

verle entrar en el puente de aquel modo, se desbordó alrededor suyo y así le llevaron hasta su casa: los hombres dándole viva; y las mujeres arrojándole rosas y claveles desde los balcones.

Ridículo parecerá, pero es exacto: mujeres y hombres lloraban de alegría como chiquillos.

¡Ovación más grande que Juan, lo mismo en la pla-

za que en la calle, no la ha obtenido nadie todavía!
¡¡Nadie!!

Por la noche, en la caseta que la Asociación de la Prensa tiene instalada en el real de la feria, y más tarde en el Club que lleva el nombre del gran torero—y desde estos días EL PRIMER MATADOR DE TOROS DE ESPAÑA—, continuaron los vítores y los aplausos, las aclamaciones y los piropos... Y la idea de obsequiar con un banquete al ídolo.

El gran emocionador de las multitudes ha sido hoy el más emocionado de todos. ¡Belmonte lloró como un niño!

Mi mayor alegría, ¡como si yo llevara parte en ello!, fué oír de muchos labios:

—«¡José el de las Trianeras», que sea enhorabuena!

Y, recordando que fui de los primeros en profetizar la llegada á la cumbre de este Mesías del toreo moderno, contestaba á todos con aire de satisfacción:

—Acepto las felicitaciones. ¡¡Ese es mi torero!!

Tuyo siempre,

JOSÉ EL DE LAS TRIANERAS.

LA SEXTA CORRIDA

Sevilla, 22 de Abril de 1915.

Querido *Don Pío*: Con la de esta tarde dieron fin las corridas de feria, de esta feria de Abril de 1915, que será considerada en los fastos de la tauromaquia



Posada en un ayudado por bajo de rodillas.

como la mejor—no hay exageración alguna—desde que Sevilla es la capital de Andalucía.

No ha habido en esta última fiesta emociones tan grandes, ni gallardías ni floreos como en las anteriores; pero resultó también buena corrida.

Los ocho bichos lidiados fueron de Murube, y Rafael, Joselito, Posada y Belmonte hicieron cosas bonitas.



Posada en un pase por alto.

aunque no de tanto mérito como en las faenas anteriores.

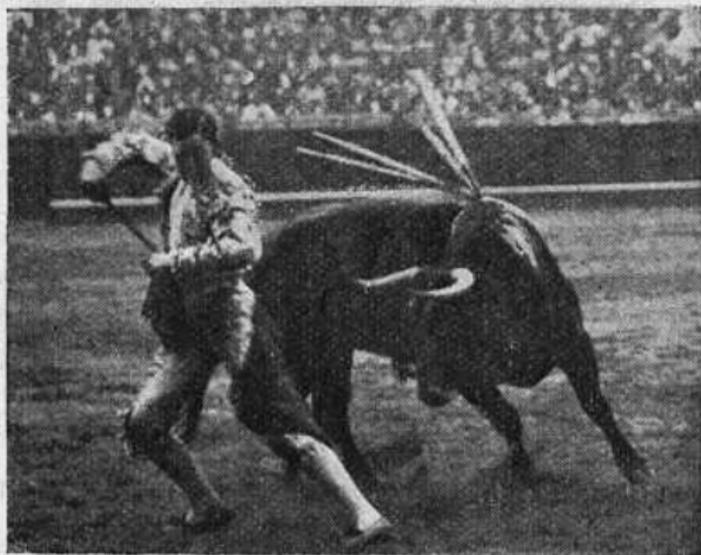
La mejor estocada de la tarde—ya se verá si soy imparcial—la dió hoy Curro Posada.

Rafael, en el primer toro, no hizo nada digno de su altura. En el quinto realizó una excelente faena de muleta, derrochando clasicismo, arte y valor ;de esas de

ole con ole!; pero á la hora de matar se precipitó y en dos tiempos y fuera de suerte, metió el pincho en la parte delantera del morrillo.

El público le hizo una ovación grande; pero él mejor que nadie debió comprender que las palmas correspondían en absoluto al trapo rojo, no al acero.

Joselito toreó mejor que en la tarde de los miuras. Al segundo lo banderilleó como él sabe, dándole tres formidables cambios por el lado derecho y aguantando una atrocidad. Después lo muleteó superiormente, destacando tres pases naturales de primera; pero á la hora de entrar deslució, como su hermano, la faena



Joselito en un molinete.

por el defecto suyo de levantar el brazo. Cobró una estocada en lo alto, algo tendida.

Al sexto le dió un pase cambiado con la muleta ple-

gada de los que forman época. Lástima que la labor, que fué en conjunto bonita, quedase empalidecida por el modo de entrar á poner la media estocada que dió fin del bicho.

Oyó palmas; pero pudo haber oído más.

Posada estuvo muy trabajador durante toda la tarde y muy oportuno en los quites.

Al séptimo le dió dos verónicas buenas, mejores que las gaóneras con que saludó al tercero.

Si con la muleta no hizo todo lo que debió haber hecho aunque estuvo bien en varios pases, sobre todo en dos de pecho y en otros dos de molinete, con el acero, al revés que los anteriores, logró entusiasmar al público.

Al tercer bicho lo despachó de una soberbia estocada ¡la de la tarde!, entrando á volapié como marcan los Códigos taurinos, rectamente, bizarramente. La ovación estuvo al nivel de la brillantísima hazaña.

En el séptimo no alcanzó el premio que obtuvo en el tercero, porque la decisión al entrar las dos veces que lo hizo, no fué igual ni mucho menos. Pero también fué aplaudido.

Belmonte luchaba con el recuerdo de las corridas anteriores, sobre todo el de la miureña. Torerazo y matadorazo no se puede ser todos los días,

Pero no se crea por este inciso que quedó deslucidamente. ¡Quiá!

Al cuarto le dió dos verónicas admirables y una larga superior, y al octavo le habló de tú con cinco verónicas colosales, sin enmendarse, parando y aguantan-

do á su estilo, y en los quites algunos recortes á media verónica ceñidísimos, emocionantes, archisuperiores.

Muleteando á su primero estuvo valentísimo, destacando al principio un pase ayudado, otro alto y otro de



Belmonte en un molinete.

pecho con exposición, y después uno de pecho forzado que levantó al público de sus asientos y dos ayudados por bajo superiorísimos.

Trasteando á su segundo ó sea el último de la corrida, también estuvo cerca y valiente. Comenzó muleteando con la derecha y dió cuatro pases naturales de los de no te menees, sobre todo dos de ellos que fueron formidables, estupendos.

Uno del público gritó al espada:

—;Con la izquierda!

Y Juan en el acto cambió de mano para dar gusto al espectador; pero á poco volvió á llevar la muleta á la derecha, después de dirigir al del tendido una mirada, como diciéndole:

—¿Ve usted cómo la lidia franca no puede ser por la izquierda?

Y seguidamente recetó al quedado bicho varios pa-



Joselito en un pase ayudado por alto.

ses que levantaron una tempestad de aplausos: naturales, de pecho, de molinete, de todo lo bonito y arriesgado. ¡Qué ovación más colosal!

Al herir largó un pinchazo soberbio al cuarto, en-

trando con riñones, y después una estocada corta que tumbó patas arriba al murubeño.

En el octavo entró cuatro veces, todas ellas con decisión y arrojo, sobresaliendo un pinchazo soberano en las mismísimas péndolas (el segundo), otro de prime-rísima calidad y un volapié de canela que también hizo innecesaria la labor del puntillero.

¡Es mucho hombre don Juan Belmonte García para dejarse ganar la pelea por otro!

Sevilla puede ufanarse del resultado de su feria de Abril. Esta de 1915, quedará siempre como recuerdo. Por lo que va sintetizado en estas cartas juzgarán todos.

Respecto de la presencia de los bichos, asunto que también dará lugar á discusiones, baste saber que los mayores han sido los de Murube y después los de Miura.

Pero, ¿á qué divagar? Ahí van números.

En la primera, de Santa Coloma, salieron los toros, unos con otros, á 297 kilos.

En la segunda, de Gamero Cívico, antes de Parladé, á 300.

En la tercera, de Guadalest, á 290.

En la cuarta, de los herederos de don Felipe Salas, á 311.

En la quinta, de Miura, á 312.

Y en la sexta, de Murube, á 315.

No he querido coger las deficiencias de los que alternaban con Juan, y me he limitado á resaltar las faenas sobresalientes de unos y otros.

Que Belmonte tuvo algunas, es cierto; pero también es cierto que fueron las menos, infinitamente menos que las de los otros.

Esclavo de la verdad, á ella nuevamente me subyugo.

Y por esto mismo puedo decir, puedo afirmar, que el triunfo indiscutible, reconocidísimo por leales y adversarios, proclamado por todos, por Sevilla entera, ha sido de Belmonte.

A mí no me ha gustado nunca extender credenciales de cierta índole, y eso que los años que ando viendo toros y toreros pasan de treinta y cuatro, y me permiten distinguir entre un cromo y un cuadro al óleo.

Manuel Domínguez, «Bocanegra», «Gordito», Curro Arjona, «Lagartijo», «Frascuelo», Fernando Gómez, Angel Pastor, «Hermosilla», «Cara-ancha», Felipe García, Valentín Martín, fueron mis primeros maestros, los que me enseñaron á deletrear en la cartilla taurina.

Y aunque no pasé del «ba, be, bi, bo, bu». con Rafael Guerra, Manuel García, Luis Mazzantini, Emilio Torres, Antonio Reverte, Rafael González, Antonio Fuentes, Ricardo Torres y otros cuantos más modernos, he logrado ahora llegar al final de mi «Catón», viendo las hazañas de Vicente Pastor, Rafael Gómez, Joselito Gómez y Juan Belmonte.

Los dos hermanos han hecho cosas tan grandes como las más grandes que hicieran todos los citados anteriormente.

¡Las que ha hecho Juan Belmonte García, no las realizó ninguno!

En los cuatro puntos cardinales que ahora orientan á la afición, corresponde, á juicio mío, el Norte á Juan.

Dejemos á Joselito en el Mediodía, y no es poco, puesto que quedan Rafael Gómez y Vicente Pastor á repartirse el Levante y el Ocaso.

Y ya que en estos asuntos de tauromaquia se ha mezclado lo divino y lo humano y *Don Modesto*, con su indiscutible autoridad taurina ha nombrado Papa al menor de los Gallos, quiero yo también prolongar este mismo simil...

Efectivamente: Joselito, después de las corridas sevillanas, sigue siendo el Papa, el Pontífice, el Vicario de la Iglesia Taurina. ¡No se le puede negar!

Es, pues, como el de Roma, representante de un Jesucristo. Pero su Jesucristo no es otro que Belmonte.

¡José, Vicario de Juan!

T...yo siempre,

JOSÉ EL DE LAS TRIANERAS.

UN BANQUETE Y UNA JIRA

Sevilla, 23 de Abril de 1915.

Querido *Don Pío*: Aunque esto no te interese tanto como lo anterior, y aunque con la carta de ayer puedo dar por terminado el ofrecimiento que te hice de enviarte un breve resumen de las corridas de feria, quiero que también conozcas algo del banquete celebrado anoche en honor del héroe de la plaza sevillana y de la jira que efectuamos hoy al *Quintillo*, el famoso corcijo de don José Anastasio Martín.

El banquete á Belmonte fué organizado por su Club y se celebró en el Pasaje de Oriente, el sitio predilecto de Sevilla para esta clase de fiestas, cuando se verifican en el centro de la ciudad. Como Juan tenía que salir para Andújar, no hubo tiempo de anunciar el banquete; pero así y todo el famoso restorán se vió invadido por inmensa multitud.



Belmonte.

¡Si llega á haber preparación, la plaza de toros habría sido insuficiente para albergar á todos los comensales!

Natalio Rivas, Fernando Gillis, Justo Martínez, Juan Corrales, Luis de Tapia y el doctor Serrano, que conmigo vinieron á presenciar las corridas de feria, se habían marchado á Madrid en el expreso, dos horas



Notas de la Feria.—Limeño en un pase de rodillas.

antes de la fiesta, y por esta circunstancia se limitaron á enviar sus adhesiones.

En la presidencia, ocupada por Belmonte, y á su derecha y á su izquierda el presidente del Club, organizador, don Juan Rodríguez, y el popularísimo aficionado don Daniel Herrera, respectivamente, tuvimos asiento también don Carlos Vázquez, distinguido sportsman sevillano; el inteligente apoderado del gran

trianero, don Juan Manuel Rodríguez; el secretario del mencionado Club, don Rafael Basurto; don Francisco Herrera, don Félix Suárez, don Diego Macías, don Miguel de Bois y el autor de estas líneas.

El *menu* fué curioso, por su redacción, y succulento, por sus platos. Ahí va:

Entremeses para el trianero
surtidos de las ganaderías de los excelentísimos señores Santa Coloma, Gamero Cívico, Miura
y Murubé.

Sopa de la cola del «Pescador».
Merluza con salsa del «Marinero».
Solomillo mechado del «Bellotero».
Guisantes guisados á la «Tabacosa».
«Comadreja» en pavo asado.
«Chimeneo» en sabarina helada.

Postres:

«El Rejoguero», «El Cordelero»
«El Horquillero» y «El Canutero».

Vinos:

Rioja y Champagne.
Café. — Cognac. — Habanos.

El banderillero Calderón fué el encargado de amenizar la comida con graciosas ocurrencias.

El actor de la compañía que trabaja en el teatro del Duque, señor Herrera, inició los brindis.

Dijo que se debía al público y que como era llegada la hora de su labor artística, se veía precisado á ausentarse.

Lanzó al despedirse un ¡viva Belmonte! que debió repercutir en Madrid.

Después el simpatiquísimo Daniel Herrera leyó una expresiva carta de Natalio Rivas, y el diputado Pepe la Morena otra de Fernando Gillis (Claridades) y unos lindísimos versos de Luis de Tapia.

No tomé nota de ellos porque pensé recoger la composición; ¡pero que si quieres! Al ir en su busca ya había volado.

Recuerdo que iba dirigida al «Club Belmonte» y que empezaba así:

*Mi inesperada partida
me impide, ¡oh Club cariñoso!
asistir á esa comida
que dais á Juan el coloso.*

*El quehacer me compromete
y bien lo siento, por cierto,
pues hoy en ese banquete
habrá arroz y gallo muerto.*

El final lo recuerdo también admirablemente:

*Por Juan levanto mi caña,
que rebosa manzanilla...
¡Por este Club! ¡Por España!
¡Por Belmonte! y ¡Por Sevilla!*

Estas cuartetas dieron origen al desbordamiento del entusiasmo.

Luego continuaron los discursos. El abogado señor Morales; el secretario del «Club Belmonte», señor Ba-

surto; Carlitos Vázquez y el popular aficionado, señor Campos, dedicaron cariñosas frases y entusiásticos elogios á la labor realizada por Juan.

Después hubo un clamoreo anonadante para mí. Todos á una gritaban:

—¡Que hable José el de las Trianeras!

—¡Hablaré, sí!—dije, paseándome entre las filas de mesas de igual modo que mi gran amigo Romero Robledo se contoneaba desde su escaño del Congreso hasta el hemicycleo, en los tiempos en que yo hacía para *El Resumen*, periódico de grata memoria, el extracto de las sesiones de la Cámara popular.

—Yo no soy—agregué—un Cicerón, ni un Demóstenes, ni un Castelar ¡qué más quisiera!; pero lo que me falta de oratoria lo suple mi corazón desbordado en este instante hacia ese hombre humilde, hacia ese niño de alma grande, nimbado por la modestia, aureolado por la gloria, que con sus gallardías, con sus arrestos, con su valor temerario logró destacar su endeble figura entre las más varoniles del arte á que se dedica.

El párrafo no me salió del todo mal; pero la afonía que me molestaba desde que llegué de Madrid, no me permitió hacer nuevos pinitos de oratoria.

Y por medio de la mímica, alabé las verónicas y las estocadas de Juan y todo su arte maravilloso.

Al fin pude terminar mi oración, diciendo:

—Ahí le tenéis. ¡Ese es mi hermanito! ¡Viva Belmonte!

No puedo quejarme de la benevolencia con que fui acogido por el brillante auditorio, ni puedo olvidar la

ovación con que premiaron la parte mímica. Seguramente debo ser un orador mudo formidable.

Luego, Daniel Herrera—hablemos nuevamente en serio—promovió una tempestad de aplausos con la lectura de la siguiente carta de Bombita:

«Señor don Juan Belmonte.

Querido amigo: De veras lamento no acompañarte esta noche más, porque mi deseo era agradecerte como ex torero y felicitarte como aficionado, porque gracias á tí puede seguir llamándose la fiesta de toros, «Fiesta del valor».

Aquí me bebo una copa por tu salud y porque se repita lo de Sevilla en «todas».

Tu amigo,

RICARDO TORRES».

Belmonte puso fin á la fiesta entre atronadores aplausos, con un discurso sencillo y breve, pronunciado con gran facilidad y singularísima modestia:

—Como me falta palabra—dijo—para poder expresar fácilmente mis sentimientos de gratitud hacia todos, los condenso en un abrazo al presidente del Club.

Y vamos al cortijo de Anastasio Martín.

A las siete de la mañana de hoy, llegó á mi cuarto del hotel Simón, un mozo de Belmonte.

—De parte de Juan, que se venga usted conmigo.

—¿Adónde?

—A casa de Daniel Herrera.

A la puerta del hotel me aguardaba un carruaje, ti-

rado por cuatro caballos, enjaezados á la andaluza y cubiertos de cascabeles.

Poco después en el mismo carruaje nos trasladamos Belmonte, Armando Herrera, Pepe la Morena, Rogelio Pérez Olivares, Paco Herrera y yo al «Quintillo», si-



Notas de la Feria.—Bombita III en un pase por alto.

tuado á una legua de la capital, á la margen opuesta del río Guadaira.

Allí esperaban el dueño del cortijo don José Anastasio Martín, su hijo Manuel, Carlitos Figueroa, hijo del conde de Romanones; Domingo Ruíz, Salgueiro, empresario de la plaza de toros de Sevilla; Pérez de Guzmán, Juan Manuel, apoderado de Belmonte, José Mo-

reno y otros, cuyos nombres no he podido retener en la memoria.

Hubo prueba de becerras, y fueron lidiadas once, á cada cual más bravas.

A la fiesta concurrieron también una señorita yanqui, miss Bernet, y un joven peruano que la acompañaba, don Juan Manuel de Iturregui. Ambos habían ido allí dando un paseo á caballo, seguidos de su picador.

Miss Bernet, desde las tapias del cortijo, mostró deseos de presenciar la fiesta, y el propietario del «Quintillo» accedió gustosísimo á ello.

Casi todos los invitados torearon. Belmonte lució sus gallardías con el trapo y la muleta, y señaló varios pares de banderillas admirablemente.

Carlitos Figueroa también dió unos capotazos á costa de algún revolcón.

—Mucho cuidado con ese mozo—dije á Juan—para que mañana no me riña su padre.

—Ni á mí—agregó don José Anastasio Martín.

Pepe la Morena también sufrió un gran revolcón.

Pero la nota de la fiesta, aparte de la figura gentil de la señorita yanqui, con sus ojos de cielo y su cara divina y su cuerpo gracioso, encerrado en verdusco traje de amazona, y su brevísimo pie, calzado con alta bota amarillenta, la dió el peruano toreando por vez primera en su vida.

¡Qué lances más originales!

¡Qué molinetes con la capa!

¡Qué agilidad para librarse de los hachazos de las fierecillas!

Belmonte le dijo después de la lidia de las becerras:
—Cuando quiera usted, tiene un puesto en mi cuadrilla.

Y la señorita yanqui reía, reía, enseñando todas las perlas de su fresquísima boca.

Después hubo acoso y derribo de reses.

También Juan se portó como un consumado derribador.

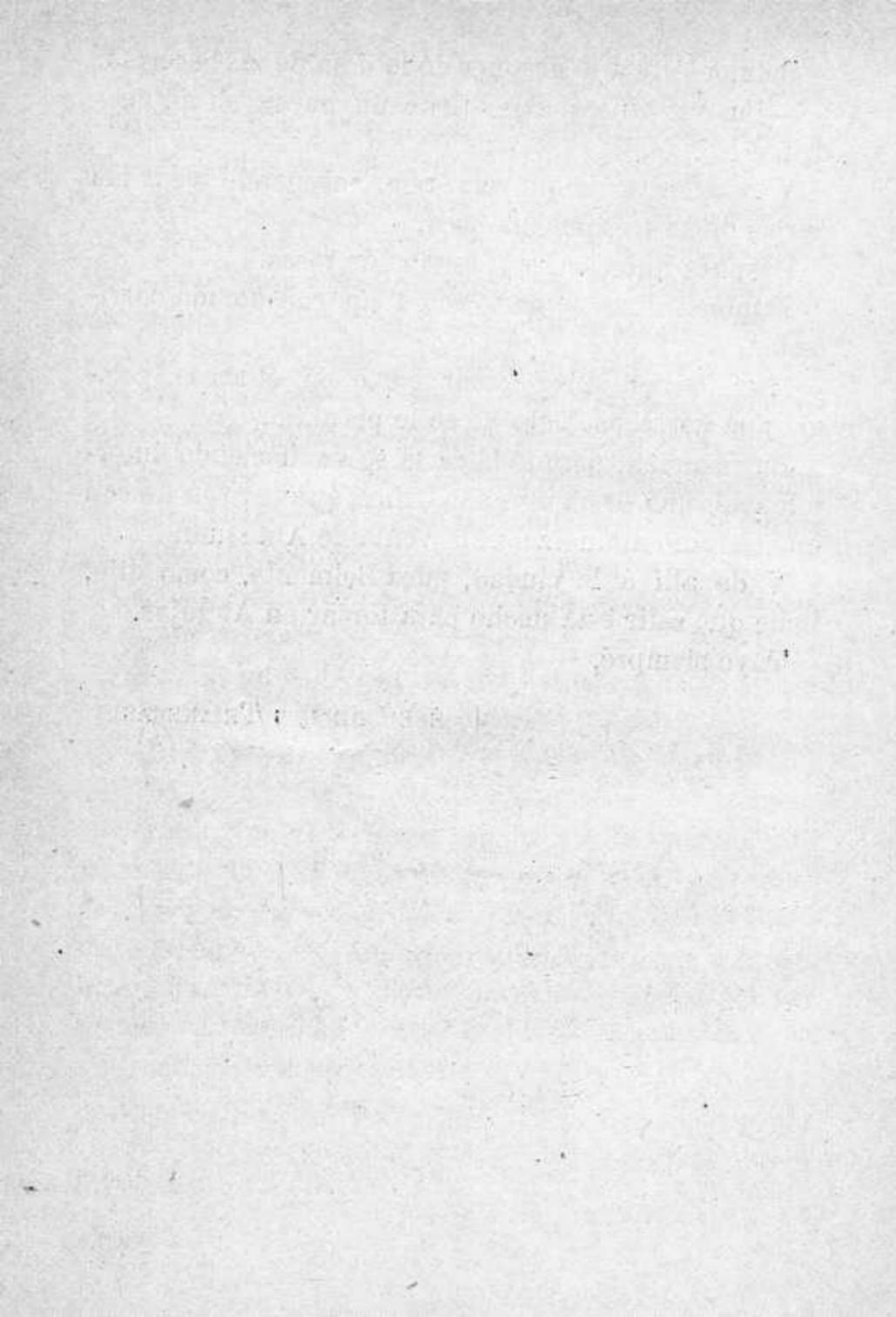
Miss Bernet quiso tomar parte en el acoso, y cogió una garrocha, pero no se le permitió.

En resumen, porque la carta se va haciendo interminable: una fiesta agradabilísima que tuvo su fin con un soberano almuerzo en la venta de Antequera.

Y de allí á la ciudad, pues Belmonte, como dije, tiene que salir esta noche para torear en Andújar.

Tuyo siempre,

JOSÉ EL DE LAS TRIANERAS.



EL ANILLO DE LA SUERTE

Sevilla, 24 de Abril de 1915.

Querido don Pío: Esta noche me toca á mí emprender el regreso á la corte. ¡No quiero perder la corrida



Notas de la Feria.—Belmonte en una de sus colosales verónicas.

de Beneficencia! Además llevo para Belmonte el anillo de la suerte.

Le llamo así porque algún talismán debe poseer cerca del trianero, cuando éste, al dejárselo olvidado en su casa, reclamó que se lo enviasen á Andújar.

Como Juan tiene que subir allí á mi coche, pues la cama que ha tomado está próxima á la que ocuparemos Carlitos Figueroa y yo, José Belmonte, el padre del famoso torero, al despedirme esta tarde de la familia, con quien me une cariñosa amistad, me ha hecho depositario de la alhaja.

Esta noche le entregaré á Juan el anillo en Andújar.

Allí iba á torear sin él. No ha toreado porque la lluvia obligó, al empresario, á suspender la corrida.

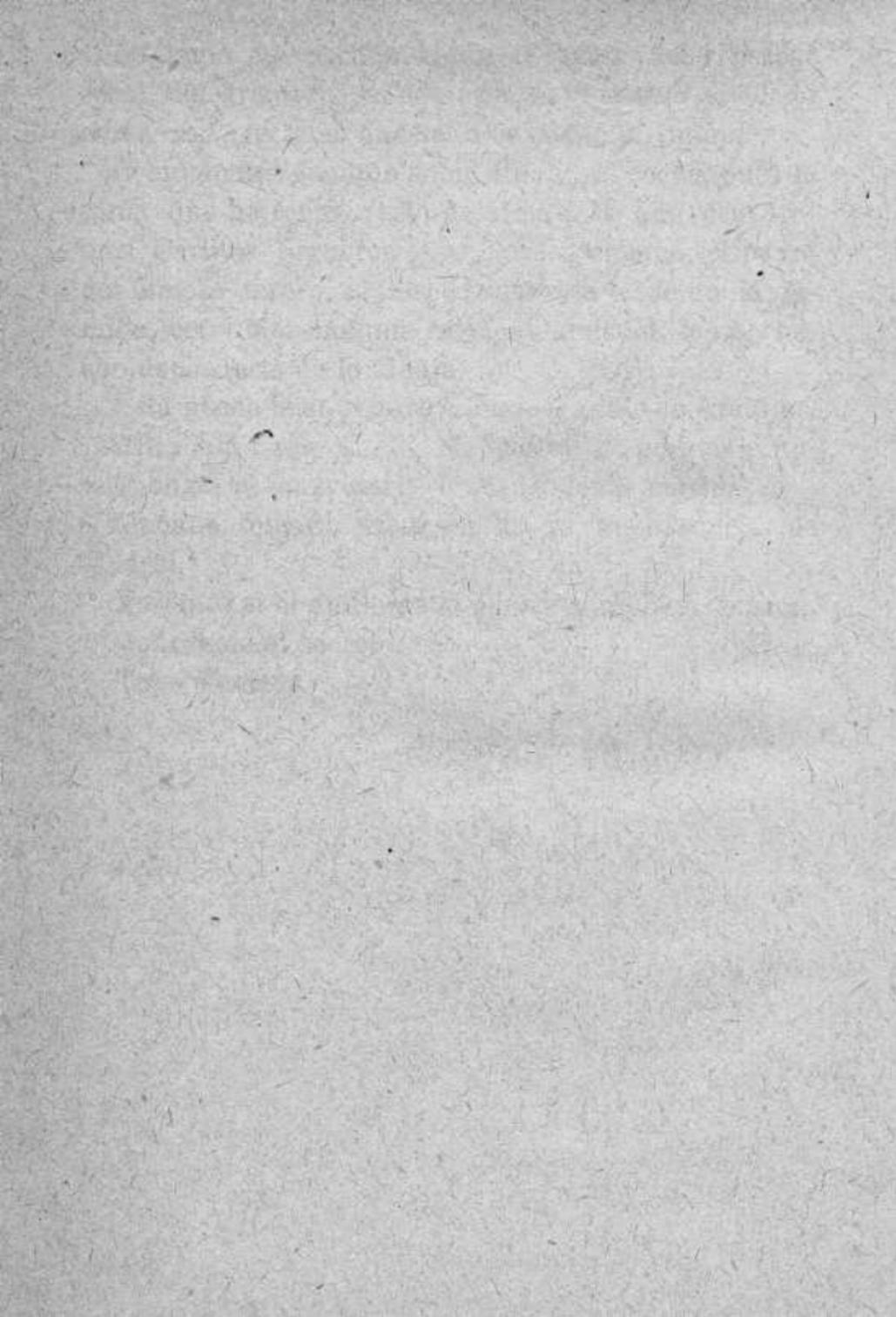
Mañana tomará parte en la de Beneficencia, de Madrid.

Veremos si el anillo de la suerte cumple su misión. Guárdame el secreto.

Tuyo siempre,

JOSÉ EL DE LAS TRIANERAS.









MARQUES DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

BIBLIOTECA

Pesetas

Número. <u>401</u>	Precio de la obra
Estante . <u>1</u>	Precio de adquisición..
Tabla... <u>8</u>	Valoración actual.
Número de tomos.	



